



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Sobre los problemas del vasco y del ibérico

Autor:

Tovar, Antonio

Revista:

Cuadernos de Historia de España

1949, XI, 125-138



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## MISCELÁNEA

### SOBRE LOS PROBLEMAS DEL VASCO Y DEL IBÉRICO

(COMENTARIOS AL PROF. MENGHIN Y A OTROS TRABAJOS)

La rapidez con que avanzan los estudios sobre la prehistoria, y en particular los relacionados con la Península Hispánica, hace deseables ojeadas críticas. La apreciación del vasco como medio de penetración en aquellas remotas edades que precedieron a la europeización del occidente, es cosa admitida cada vez con mayor crédito científico. Por eso, una vez que de estos estudios se obtienen resultados de síntesis que son ya verdadero conocimiento histórico, será conveniente ofrecer en esta revista una consideración sobre los resultados de las más recientes investigaciones <sup>1</sup>.

En primer lugar sobre un importante trabajo del Prof. O. Menghin, titulado *Migrations Mediterraneae, Origen de los Ligures, Iberos, Aquitanos y Vascos* <sup>2</sup>. Se trata de un amplio cuadro, que plantea multitud de problemas y señala nuevos caminos a la investigación. Desde luego que en una primera lectura se siente uno dominado por el desconcierto, pues las épocas remotas, más allá del año 1000 a. C., no estamos acostumbrados en lo que se refiere al Occidente a verlas con referencia a pueblos con nombres precisos. Los estudios toponímicos, por otra parte eran antes demasiado limitados en cuanto a su horizonte, y no dejan de ser por ello sorprendentes las amplias conexiones y las grandes líneas en

<sup>1</sup> Dos ojeadas de conjunto, desde el punto de vista lingüístico, he intentado en 1947: *Estado actual de los estudios de filología euskérica*, en *Bol. de la R. Soc. Vasc.*, IV, p. 3-30, y *Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España*, en *Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo*, VIII, p. 63-95.

<sup>2</sup> Publicado en la nueva revista *Runa*, I, p. 111-195, editada por el Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires.

que Menghin se mueve. Pero a cada momento encontramos en este artículo al ilustre autor de la *Weltgeschichte der Steinzeit*.

Comienza anunciando (p. 111) que va a buscar los fundamentos de su síntesis en la arqueología prehistórica, pero acude luego, para terminar el cuadro, a los argumentos lingüísticos, muy especialmente a la toponimia, y de este modo, desde su campo, busca « mantener un íntimo contacto con las ciencias limítrofes ».

Lo más sensacional y nuevo del trabajo de Menghin está en referir a pueblos y lenguas determinados, entidades que hasta ahora van teniendo un hueco en la investigación, pero puede decirse que con una determinación demasiado vaga. Así en primer lugar, el término « mediterráneo » ocupa un puesto en la lingüística y aun en la prehistoria, pero nadie se ha decidido a entroncar resueltamente este estrato con una entidad de relieve concreto. Por mi parte confieso que lo mediterráneo concebido así como entidad independiente, me parece, por decirlo con palabras de Uhlenbeck (*Eusko-Jakintza*, I, p. 545), « terrain aussi séduisant que dangereux ». Menghin procura terminar con esta vaguedad de lo mediterráneo, y lo liga muy especialmente a lo caucásico — camino en el que hay que señalar como precursores algunos estudios de R. Lafon.

En lo que podríamos llamar caucásico en un amplio sentido, distingue Menghin dos grupos o etapas, caracterizadas por dos lenguas respectivamente. El más antiguo, señalado en los mediados del iv milenio, es el hurrita, lengua que se acusa en Subartu y está emparentada con la de Urartu, el elamita y lenguas caucásicas de hoy. En los primeros siglos del iii milenio tenemos la segunda oleada, que Menghin llama grupo khati (antecesores de los hetitas indoeuropeos), al que corresponden los léleges y ciertos pueblos primitivos de Anatolia, como indígenas de Panfilia, isaurios, etc. Ambos grupos se acusan (Menghin, p. 117 ss.) por tipos de cerámicos: los primeros por cerámica pintada del círculo llamado por nuestro autor táurico oriental, los segundos, por los tipos de cerámica « no pintada, roja o negra o pulida » hallada en Alishar y calificada de prehetita. Ambos grupos ya aparecen mezclados en Chipre (p. 123), y lengua mixta de ambas cabe esperar que sea el no descifrado chipriota.

También desde el punto de vista étnico contraponen Menghin ambos grupos. La etnia hurrita se forma en la meseta del Irán, la khática en Anatolia. Cabe pensar que las oleadas posteriores llevan mezclados ambos elementos (p. 124). En todo caso, reaccionando contra una opinión generalizada, sostiene Menghin (p. 123) que los que difundieron hacia

el occidente la cerámica pintada no son los armenoides <sup>3</sup>, sino que va acompañada ella en su difusión por una mayoría de dolicocefalos mediterráneos. Esta entidad del dolicocefalo mediterráneo parece así referida a un origen preciso: el Egeo y el Balkan resultan en el orden étnico, como en el lingüístico, reflejos del Asia anterior (p. 125). A su vez (p. 142), diversos pueblos de Italia provienen, según antiguas tradiciones, de los Balkanes y del Asia menor, y sus nombres confirman tal origen. Sitios arqueológicos como Stentinello, Trefontane, Castelluccio, acusan esa procedencia (p. 149 s.). 'El sustrato mediterráneo se convierte, es verdad, en una « masa étnica vaga e indeterminada, a la cual puede colocarse cerca del paleolítico y al comienzo de la indiferenciación lingüística del *homo europaeus* », pero « sus lenguas, en cambio, evidencian la clara diferenciación que es propia de pueblos en alto estado de cultura, aun cuando separados de la región de partida, y retornados en cierta medida a un estado de rudeza. Se trata de Semitas, Hamitas, Elamios y Lélegos y tribus emparentadas » (p. 148). Estas palabras de Menghin sintetizan la complejidad del mundo mediterráneo preindoeuropeo. Los camitas son, en su concepción, las gentes diseminadas con el neolítico desde Africa sobre nuestra Península, Italia y Sicilia, Francia (v. el mapa 2 frente a la p. 136). Ciertos semitas vendrían tal vez arrastrados en las invasiones orientales de hurro-elamitas y khati. Lo mediterráneo se convierte así en el occidente en un superestrato elámico-caucásico-khati sobre un sustrato camítico. Lo camítico occidental es un postulado arqueológico para Menghin, y así lo halla por ejemplo en la gruta ligur Delle Arene Candide (p. 149). Esa conexión de Africa con Italia es antiquísima, y no se repite ya posteriormente (p. 153).

La conexión de lo africano con Hispania, y a través de ella con Francia, está erizada de problemas, pero es innegable. Podemos remitirnos a la reseña del propio Prof. Meghin aparecida en el vol. X (p. 200 ss.) de estos *Cuadernos*, y donde con motivo del tomo I de la *Historia de España* de Menéndez Pidal pasa revista al problema de las relaciones prehistóricas hispano-africanas, especialmente en el aspecto de la constitución de una etnia extendida por todo el Africa mediterránea con reflejo en nuestra Península. Supone en primer lugar que existe un capsense primitivo, correspondiente cronológicamente al paleolítico supe-

<sup>3</sup> Los braquicefalos armenoides, por reacción, parece que se están convirtiendo en un mito que oponer a los arios nórdicos; véase por ejemplo el libro de PIA LAVIOSA ZAMBOTTI, *Origini e diffusione della civiltà*, Milán 1947, p. 264, donde aparecen, como precursores de los modernos armenios y judíos, cual elemento « progresista » en aquellos milenios.

rior — en lo cual Menghin se opone a las admitidas ideas de Vaufrej —, y ello significa que las relaciones hispanoafricanas no se interrumpen: nuestra Península sirve de puente para el paso de elementos solutrenses europeos al Africa, así como sin duda habrán pasado por ella los microlitos de origen africano que a veces acompañan al magdaleniense francés.

Pero Menghin no parece aceptar resueltamente la distinción en Africa del norte de dos culturas que se reflejan en nuestra Península, postulada primero por Bosch <sup>4</sup>, y admitida por Santa-Olalla con su distinción de un neolítico « hispano-mauritano » y otro « ibero-sahariano », la cual últimamente ha merecido la crítica de Menghin (*Runa*, I, p. 298) <sup>5</sup>.

En su síntesis de *Runa*, I, p. 183 parece que Menghin acepta resueltamente la tesis española enemiga de la división de la Península, contemporáneamente, en dos zonas: franco-cantábrica y capsiese, y admite un paleolítico superior predominantemente europeo en la Península; pero en su crítica antes citada (*Cuadernos*, X, p. 205 s.) señala las dificultades que se oponen a atribuir incondicionalmente a la época neolítica nuestras pinturas levantinas, y se refugia en una prudente abstención.

La cuestión tiene interés para nosotros, pues la difundida idea de la presencia desde antiguo de elementos africanos en la Península reposa sobre estas concepciones. Ahora bien, Menghin es muy escéptico en este punto, y señalando la enorme complicación del momento epipaleolítico, se inclina a negar que se pueda buscar enlace en el orden etnogónico con tan remotas épocas. « Creo — dice, *Runa* I, p. 174 — que en las consideraciones acerca de la etnogonía del Sud de Europa puede prescindirse en general de las capas básicas paleo-epipaleolíticas ». Con esta negativa Menghin prepara el terreno para su concepción de los orígenes del vasco.

En efecto, si entre los lingüistas pesaba ya de una manera resuelta la fijeza antropológica del tipo vasco (últimamente, R. Lafon *Eusko-Jakintza*, I, p. 507 acepta de Barandiarán que existiera en los Pirineos occidentales ya en el paleolítico final), Menghin invierte los términos

<sup>4</sup> Véase mi resumen en *Anales de Arqueología y Etnología*, VIII, p. 79: Bosch ha vuelto a insistir últimamente en su concepción en estos *Cuadernos*, IX, p. 24 n.

<sup>5</sup> Problemática por cierto es una capa africana extendida a España y que no fuera libica, es decir, camítica occidental. Por su parte, lingüistas de prestigio han defendido paralelos vascos más bien con el camítico oriental que con el occidental. Menghin (p. 153) recoge cautamente opiniones sobre cuál pudo ser una comunidad hispano africana que no supusiera el camitismo del ibérico. De especial interés es la de Gómez-Moreno indicada de paso en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, p. 494, de que si hubo comunidad de lengua ibero-africana, no consistía en el libico.

al negar que sea posible la conexión con tiempos tan remotos en el orden antropológico y lingüístico, y al insistir, de una manera un tanto desconcertante, en que los vascos primitivos no son pirenaicos (Bosch) ni en ellos hay mucho que sea supervivencia del asturiense (*Runa*, I, p. 181 s.), sino que lo determinante en ellos es el influjo neolítico procedente del sur de la Península, es decir « protoibérico », reforzado luego por otro predominantemente asiánico (p. 183). Por ello en la zona vasca, sobre una « población costera retrógrada en sentido cultural », el carácter asiánico fué « más pronunciado que en otras regiones, en las cuales tuvo que amalgamar la antigua subcapa hamítica occidental ». Del mismo modo el ibérico no está formado por un estrato africano sobre otro más antiguo caucásico, sino al revés (p. 154).

Por esta vía vuelve Menghin a algo muy semejante al tradicional vasco-iberismo, ya que sustancialmente los elementos que entran en el vasco serían los mismos que en el ibérico, salvo que en éste sería más visible el sustrato camítico. Pero si el tipo lingüístico del vasco va evidentemente con el caucásico, creemos que en lo poco que se conoce no podría decirse lo mismo del ibérico <sup>6</sup>, que acusa más bien una estructura africana, concretamente camítica. A mi juicio, los elementos caucásicos en ibérico han de estar en relación inversa respecto del vasco, ya que éste debe ser una lengua caucásica con elementos lexicales camíticos, mientras que el ibero debe ser una lengua predominantemente camítica con elementos caucásicos.

Es difícil, mientras no se avanza más en el conocimiento del ibérico, discutir en detalle el problema planteado de nuevo por Menghin sobre los orígenes vascos (v. las pp. 170 ss. de su trabajo en *Runa*). Pero urge desde luego insistir en la crítica del vasco-iberismo, pues nada puede alegarse contra el hecho de que una vez que, gracias a Gómez-Moreno, leemos los textos ibéricos con seguridad, sólo algunos elementos de léxico y tal vez morfológicos se han podido señalar como comunes. Pero las estructuras son distintas. A mi juicio, las relaciones entre vasco e ibérico se explican por ser lenguas que vivieron en un ambiente afín; con ciertos elementos comunes y semejantes influencias.

Pero no se puede afirmar que « el vasco se encuentra, también por la fonética, muy distante de la lengua líbico-bereber, así como el ibero y

<sup>6</sup> He de remitirme a mis trabajos en el *Bol. de la R. Acad.*, XXV, p. 38 ss. y *Bol. de la R. Soc. Vasc.*, II, p. 51 ss. y 150, cuyos resultados aceptan Menghin en *Runa*, I, p. 160 y Pokorny, *Die Sprache*, I, p. 244; vuelvo sobre ello en la nueva revista bonaerense *Filología* I, p. 57 s.

el aquitano, a raíz de la ausencia primitiva de la *f*» (Menghin, *Runa*, I; p. 171). Las lenguas adquieren y pierden sonidos a lo largo de su historia, y no se puede fundar una coincidencia en la simple falta de la *f*. El latín la adquirió en Italia, y en el griego la aspirada sorda *ph* ha pasado a fricativa *f* hacia el fin de la antigüedad. El eslavo la usa sólo para préstamos, mientras que se desarrolló en germánico. En cuanto a la cuestión de si las lenguas asiánicas distinguen entre sordas y sonoras (p. 171 s.), me parece que la solución del problema está en admitir que sí, pero subordinada esta distinción a razones de fonética sintáctica, como desde luego es el caso en vasco y parece ser que en ibérico (cf. mi nota en *Emerita*, XI, p. 209-11); sería erróneo afirmar que un rasgo común al vasco-ibero y al caucásico es la falta de distinción entre estos dos grupos de oclusivas.

Menghin (p. 173) se cree en el caso de defender que, por el mismo hecho de que la estructura de la lengua vasca es caucásica más bien, tiene que haber sido caucásica la capa dominante: «la capa conquistadora, que conservó sus peculiaridades fonéticas y la forma interna de la lengua, fueron los asiánicos<sup>7</sup>; la capa sojuzgada fueron los africanos». Se opone expresamente a Pokorny, que ha sostenido la teoría de un sustrato africano portado a Europa precisamente por los invasores hispánicos del vaso campaniforme. Últimamente, sin embargo, en la revista vienesa *Die Sprache*, I, p. 135 ss., después de señalar el carácter armenoide de los portadores del vaso campaniforme, pasa J. Pokorny la mirada sobre varios puntos concretos en que en el celta de Gran Bretaña e Irlanda aflora el sustrato, y tanto en la infijación de pronombres (con paralelos bereberes), como en la posición inicial del verbo en la frase (con paralelos caucásicos), la flexión de grupo (señalada por E. Lewy como característica del mundo lingüístico atlántico), el pasivismo del verbo (vasco y caucásico, egipcio, huellas en bereber) y el relativo (vasco, camítico, caucásico, ibérico), halla las muestras de un sustrato complejísimo.

Este constaría sustancialmente de dos capas, una más antigua de invasores mediterráneos africanos, y otra, la del vaso campaniforme, de braquicéfalos armenoides. Pero Pokorny en este mismo artículo (p. 240) señala junto a estas dos capas otra más antigua, no determinada, que

<sup>7</sup> Dada la ecuación de campaniformes y asiánicos, es importante recoger aquí el testimonio de un arqueólogo, M. Almagro, que al reseñar en *Ampurias*, XI, p. 258 el trabajo que nos ocupa, señala que es muy posible admitir que el pueblo del vaso campaniforme represente la capa basal de los vascones históricos, y añade: «no debe pasarse por alto que la cultura del vaso campaniforme sur y norpirenaica tiene una íntima conexión con la facies del vaso campaniforme de Almería».

llama « altwesteuropäische ». Lo ibérico resulta en este mismo texto equiparado a lo mediterráneo, y con esto tenemos, en la concepción de Pokorny, tres elementos preindoeuropeos en occidente: esos viejos camitas africanos, los mediterráneos africano-ibéricos, y, más abajo aún, un remoto sustrato occidental<sup>8</sup>. La diferencia entre esta idea y la de Menghin está en que éste rebaja la importancia de un sustrato anterior al neolítico, y por consiguiente reduce los elementos caucásicos exclusivamente a los expandidos por los portadores del vaso campaniforme. El problema estaría en determinar si puede sobrevivir un profundo estrato con raíces en el paleolítico superior, lo cual para la lingüística es un problema inaudito<sup>9</sup>, pero no cabe duda que suministraría una razón del parentesco del vasco no sólo con el caucásico, sino con lenguas paleoasiáticas como el chukche. La gran autoridad en prehistoria de Menghin hace que quede de nuevo en insegura posición una doctrina que empezaba a tener aceptación general. Sólo el avance de la lingüística caucásica y la distinción de los elementos que entraron a formar esas lenguas-resto podrá contribuir a resolver este problema, que se plantea con unas características únicas y requiere método rigurosamente nuevo, ya que el vasco es la única lengua occidental que puede tener raíces en tiempos tan remotos.

El problema se relaciona con lo que Uhlenbeck ha señalado en una importante memoria (*Mededeel. der Nederl. Akad. 1942 = Eusko-Jakintza, I, p. 543 ss., especialm. 580*) de que pueden existir primitivas conexiones entre el camito-semítico y el caucásico: « d' où la difficulté de déterminer si les ressemblances du basque avec certaines langues de l'Afrique du Nord sont basées sur une influence secondaire de l'ibère nord-africain<sup>10</sup> sur le basque ou sur une parenté de différenciation bien plus ancienne que l'on pourrait qualifier de parenté originelle ».

Esta indicación de Uhlenbeck, por venir de quien viene, tiene un gran valor para indicarnos la inseguridad de toda conclusión que utilice datos lingüísticos sumamente problemáticos. A poco que avancemos en el estudio del ibérico, dispondremos de un elemento de juicio de gran

<sup>8</sup> En ese sustrato es en el que tal vez cabe insertar las más remotas conexiones del vasco. Las lenguas caucásicas mismas podrían a su vez ser mixtas de esos elementos viejísimos, y luego de otros del Asia anterior que llegaron al vasco con el vaso campaniforme. El problema es si metódicamente cabe pensar en llegar a capas tan remotas por investigaciones lingüísticas. Mucho queda por hacer en detalle para poder opinar con certeza.

<sup>9</sup> En este sentido, el vasco vuelve a ser la lengua de Adán y Eva.

<sup>10</sup> Uhlenbeck se basa expresamente en Bosch Gimpera, v. *Eusko-Jakintza, I, p. 543*.



importancia <sup>11</sup>. Por de pronto creo poder insistir en que el ibero pertenece a un tipo sustancialmente distinto del vasco-caucásico. Por lo demás, la teoría de Uhlenbeck <sup>12</sup>, sobre la existencia de lenguas afines al vasco en la Península y un vasto territorio al norte de ella no puede confirmarse sino en la medida en que en primer lugar el territorio aquitano y luego el ibérico de Levante presenta algún elemento común con el vasco. En cuanto a paralelos vascos en la toponimia del noroeste o del sur de la Península, estamos todavía como en los tiempos de Humboldt <sup>13</sup>. Decisivo es para Uhlenbeck considerar vigente el escrito de Schuchardt <sup>14</sup>, sobre la declinación ibérica, que en realidad está muerto (y uno quisiera ahorrarse el trabajo de criticarlo punto por punto, pero tal vez el progreso de nuestros estudios lo va a exigir todavía, dado que la autoridad científica y la ortodoxia pesan demasiado).

Si el parentesco vasco-caucásico está establecido tradicionalmente como basado en las capas más viejas, hasta en el magdalenense <sup>15</sup>, al lado de Menghin, que la trae a tiempos más cercanos, está Lafon (*Eusko-Jakintza* I), el cual, dando por bueno que, según señalan los antropólogos, el tipo vasco es más antiguo, supone que la lengua habría sido importada en el III milenio (p. 523 s.) por una invasión que imagina como un precedente de la indoeuropea, ya que los « eúskaro-caucásicos », antes de establecerse en sus sedes definitivas habrían sido vecinos de los indoeuropeos en los confines de Europa y Asia (p. 510, 515). Reconstruir esa unidad cree él que

<sup>11</sup> A ello he contribuido con un léxico completo de las inscripciones ibéricas y celtibéricas que se halla en publicación. Él facilitará los trabajos de interpretación y desciframiento.

<sup>12</sup> *Lingua*, I, p. 61, *Eusko-Jakintza*, I, p. 544 s.; la profunda diferenciación dialectal que se percibe entre el vizcaíno de una parte, y todos los demás dialectos del euskera de otra, sería resto de dos de aquellas lenguas distintas, de un tipo « pirenaico occidental antiguo » (*ibid.*, p. 556 ss.), que se han ido acercando.

<sup>13</sup> Véase por ejemplo R. Lafon, *Eusko-Jakintza*, I, p. 509, *ibid.*, II, p. 17 ss. Por otra parte es un retroceso considerar, como hace la Laviosa Zambotti, *Origini*, p. 339, a los vascos como una minoría asimilada antropológicamente, pero que ha conservado su lengua; v. *Anales de Cuyo*, VIII, p. 82 s.

<sup>14</sup> El trabajo de Bähr sobre la *Iberische Deklination* (*Eusko-Jakintza*, II, p. 447 ss.) no deja nada en pie, y eso que en su crítica no hace la objeción definitiva: ni en vasco ni en ibérico cabe hablar plenamente de una declinación al modo de la indoeuropea; las desinencias casuales no van ligadas a la noción de número.

<sup>15</sup> Véase referencias en *Anales de Arq. y Etnol. de Cuyo*, VIII, pp. 70 y 82, a las que puede añadirse la cita de Barandiarán, *Eusko-Jakintza*, I, p. 507, que acepta como precedente de los vascones históricos a la población franco-cantábrica o hispano-aquitana.

sería posible por los mismos métodos con que se ha intentado fijar la indoeuropea: los nombres de metales, de plantas, de animales, serían indicio del ambiente geográfico en que existió (p. 509 s.). El patrimonio pagano de los vascos acusa ciertas ideas afines a las indoeuropeas (p. 515). Pero esta teoría será imposible de sostener ante los hechos arqueológicos, y no creo que explique el problema. Si los elementos caucásicos del vasco son distintos de los restos procedentes del paleolítico superior o del epipaleolítico (asturiense), es mucho más probable que tenga razón Menghin con su teoría de la difusión del vaso campaniforme por gentes armenoides de cultura oriental.

En realidad cabe pensar que una cosa no excluya a la otra, y que afinidades del vasco con lenguas del Cáucaso, paleoasiáticas y aun uraloaltaicas (o sus sustratos) se basen en la pervivencia de restos paleolíticos, mientras que los ecos occidentales de los elámicos y khatí trajeron las coincidencias con el caucásico. Así se irían precisando las tres capas que admite Pokorny.

Pero dejemos ya la cuestión del vasco, y examinemos un punto en el que las teorías de Menghin alteran el cuadro comúnmente admitido, y tal vez lo confunden sin más ventaja que obligar a una revisión de las ideas dominantes. Aludo al del caucasismo, y no camitismo, del ibero.

El argumento de Menghin, plenamente convincente, es el de que las tumbas de cúpula en Andalucía y Portugal, el progreso de la metalurgia, la creación del vaso campaniforme, acusan la llegada de gentes extranjeras a la Península, y sin duda orientales (*Runa* I, p. 177 ss.). El *mirage oriental* encuentra aquí un seguidor de prestigio. La cerámica pintada le parece además un indicio preciso de asianismo (p. 179 n.)<sup>16</sup>. Mas frente a este planeamiento del problema, que conviene muy bien a la civilización del foco de la cerámica campaniforme, en Andalucía la Baja, hay que objetar, con ideas del propio Menghin, que el progreso neolítico, en los tiempos anteriores, tiene origen africano, y no directamente desde Egipto<sup>17</sup>, sino desde el Africa menor, con la difusión por todo el occidente de Europa de camitas occidentales (p. 175). Desde Andalucía oriental, no desde lo que luego será foco de lo campaniforme y de los

<sup>16</sup> Sobre la esencia de los portadores de elementos asiánicos a occidente, aún hay discrepancias. Todavía en P. LAVIOSA ZAMBOTTI, *Origini*, p. 245 se considera que fueron « essigui nuclei di civilizzatori ». Por otra parte, el hecho es que el vaso campaniforme es extendido por una población muy homogénea en todo el occidente (MENGHIN, *Runa*, I, p. 184 s., POKORNY, *Die Sprache*, I, p. 240).

<sup>17</sup> Pero el propio Menghin (p. 148) señala la importancia primordial del elemento egipcio en todo el occidente de Europa para la formación de la cultura agrícola.

megalitos, la cerámica neolítica se expande y disuelve en un cuadro general occidental europeo, influido por Africa (p. 176). Pero Menghin, en vez de separar la zona almeriense, que tan caracterizada aparece en el neolítico, de la Baja Andalucía, tiende a mezclarlas. Castillo y los investigadores españoles en general sitúan hacia Carmona el foco de lo campaniforme, mientras que Menghin considera justamente Almería como centro de difusión de la cerámica pintada, criterio decisivo para él de la penetración de elementos asiáticos; « la investigación más exacta de la cerámica pintada de Almería — escribe, p. 180 s. — nos mostrará quizás algunos datos más en esa dirección. Bosch Gimpera tenía completa razón al adjudicar a la cultura de Almería una importancia especialísima para la etnografía de España. Lo que no pudo ver él en su tiempo, fué el hecho de la gran influencia asiática mediterránea oriental sobre esa cultura. La identificación de los más antiguos iberos, considerados como un pueblo hamítico, con los portadores de la cultura de Almería, al modo de Bosch Gimpera, me parece imposible. Pero aquí deberá buscarse el punto donde establecieron contacto por primera vez Asiáticos y Hamitas occidentales. Para la formación del pueblo mestizo de los Protoiberos o Hispanos se necesitó lógicamente cierto tiempo. Según evidencian las circunstancias arqueológicas, puede suponerse que la mezcla de ambas etnias tuvo lugar primeramente en tierra andaluza. De aquí conquistó rápidamente el centro, oeste y noroeste de la Península, luego el noreste y finalmente el sudeste, es decir, la región de Almería, donde habíase efectuado el primer contacto ».

Las preguntas se acumulan al examinar este párrafo, pero parece deducirse de él que Menghin acepta la idea de que el círculo de Almería conserva una fuerte personalidad frente a la expansión del vaso campaniforme (cf. sobre esta personalidad Bosch-Gimpera, *Cuad.*, IX, p. 29 ss.). Sólo en el momento de decadencia que Bosch (*ibid.*, p. 41 ss.) sitúa hacia 2100-1900 podría pensarse en una fusión de elementos del vaso campaniforme con los almerienses — que muy pronto resurgen con personalidad propia con el bronce argárico. Con esta nueva expansión del Argar, la fusión continuaría, pero al revés, con unos dominadores protoibéricos, almerienses, sobre gentes ya asimiladas por las fuertes minorías que extendieron la cerámica campaniforme.

El punto difícil es el del abolengo de los almerienses. ¿ Son sólo africanos los propulsores del neolítico y la agricultura en occidente? ¿ o se injerta en ellos la cultura asiática de la cerámica pintada? Esto es lo que aguarda una revisión de los arqueólogos. Los datos que hasta ahora están organizados en las obras generales, distinguen un foco almeriense

más antiguo frente a la grande y fugaz expansión de la cultura del vaso campaniforme. Diríase que dando por bueno que los portadores de ésta hablasen una lengua caucásica, justamente la extendieron por el centro hasta el norte de la Península, dejando, podemos pensar, con su personalidad, la costa de Levante. El ibérico, en lo que podemos juzgar, coincide con el vasco en elementos africanos.

La razón que nos impide ver los ecos tardíos de los pueblos anteriores en todo el centro y noreste de la Península está en la indoeuropeización profunda que dió nueva configuración a estas regiones<sup>18</sup>. El vasco quedó completamente cortado en sus relaciones hacia occidente, y sólo algunas características de tipo etnológico que Caro Baroja subrayó en su primera época quedan de aquella primitiva continuidad. En cambio el cuadro etnológico no fué alterado por de pronto en el este, y la remota conexión se conserva visible en una medida suficiente para convencernos de que no hay entre vasco e ibérico una comunidad genética, sino simplemente ambiental. Admitiendo el punto de vista de Menghin, fué la expansión campaniforme la que dió al vasco su estructura caucásica. Elementos caucásicos se hallan en ibérico, y un ejemplo sería el *tar* de formación de étnicos<sup>19</sup>, que existe igual en vasco, y que Menghin, brillantemente por cierto, cree descubrir en el nombre griego del estaño, *κασσι-τερος*, « el metal de Kassi » (*Runa I*, p. 165, n. 2), lo cual sería una formación elámica<sup>20</sup>. La hipótesis de que el ibérico será muy parecido al elámico (p. 166) espera confirmación, y ahora, cuando los textos ibéricos los tenemos publicados y hasta con un léxico, es trabajo que podría intentarse.

<sup>18</sup> Importantísima es, para probar el carácter mixto de estas poblaciones, la observación de Menghin (p. 157) sobre la múltiple forma *Termes/Termeste/Termantia/Termessos*, donde sobre una raíz comparable a topónimos anatólicos, tenemos sufijos distintos: *-ste* ilirio, *-nt-* indoeuropeo (?), *-ssos* asiático. Por cierto que no habría que aceptar de Menghin (p. 126 s.) que *-ssos* en el Egeo no haya pasado como productivo a lenguas indoeuropeas; de la misma manera *-ss* productivo en jónico parece que tiene que ver con *-an* armenio y « egeo » en general; v. PEDERSEN, *Zeitschrift für Vergleichende Sprachforschung*, XXXIX, 1906, p. 473, y mi trabajo en *Emerita*, XII, p. 302, n. 2. Hay que acabar con el prejuicio de que los elementos morfológicos no sean tan transferibles como lo es el léxico.

<sup>19</sup> Del asunto me ocupé en otro lugar: *Bol. del Seminario de Est. de Arte y Arq. de Valladolid*, XVII.

<sup>20</sup> La coincidencia sería tanto más interesante cuanto que la *-t-* con un valor semejante se da en caucásico, como ha señalado R. LAFON, *Bull. de la Soc. de Linguistique*, XLIV, 1948, p. 144 ss., pero a juicio del mismo especialista, *ibid.*, p. 152, *tar*, como *ti*, es un sufijo compuesto.

Se comprende, dentro de esta idea del ibérico como lengua formada más bien bajo un influjo caucásico que como descendiente de una invasión camítica, el interés que Menghin tiene por el acercamiento del círculo ibérico al tartesio en el aspecto lingüístico. El problema de la relación de lo que Menghin llama suribérico (tartesio o pretartesio) con lo ibérico en sentido estricto es muy complicado. Sin intentar resolverlo ahora, creo poder adelantar que en el extremo occidente de la antigua Tartésida se conservan elementos que, como Schulten ha hecho ver, pertenecerían a una lengua y escritura<sup>21</sup> tirrénicas; ciertos topónimos muy típicos se hallan en el bajo Guadalquivir y en el bajo Tajo, como si fueran propios de un pueblo de navegantes que se extendió precisamente siguiendo los ríos mayores, y sin interesarse por las tierras del interior; la lengua ibérica, si se extendió por Andalucía (de lo que el indicio más claro sería el nombre vasco-ibérico, *Iberus*, del Río Tinto, p. 162), se mezcló con otros elementos; la escritura meridional o tartésica presenta una zona de transición (Bähr, *Eusko-Jakintza* II, pp. 381, 397, 424 s.) hacia Mogente, Almería, Castulo, territorio donde lo tartesio parece superponerse a lo ibérico.

En la distinción de noribéricos y suribéricos Menghin rinde a veces tributo a la vieja idea de una expansión por toda la Península de elementos homogéneos: así cuando extiende la cultura de Almería a toda la Península (*Runa*, I, p. 180 s.), habla de iberos en Lusitania (p. 190) o considera «norteibérico» el nombre de Olisipo (p. 163). Pero al norte del Guadiana y del Tajo y al este del valle del Ebro, donde los invasores indoeuropeos oscurecen la situación primitiva, sería muy arriesgado dictaminar sobre la naturaleza del sustrato. El mapa que reproduce Menghin de Aguado Bleye está anticuado, y la crítica que hace de las ideas de Gómez-Moreno en cuanto a las tribus del centro y noroeste de Hispania (p. 167 s.) no la creemos suficientemente meditada. En cuanto a los pobladores preindoeuropeos absorbidos o dominados por los Cántabros y Astures, por ejemplo, Menghin se guarda muy prudentemente (p. 170) de dictaminar.

<sup>21</sup> Esta escritura prueba contactos ya muy tardíos, hasta el siglo vi; tal vez el criticismo de Мехник, *Runa*, I, p. 156, sea excesivo contra la tesis de Schulten sobre las relaciones de España con los etruscos. Pero si el alfabeto de las inscripciones del sur de Portugal es más moderno, el tipo silábico del tartesio y del ibérico acusa un contacto muy antiguo con las altas culturas del mediterráneo oriental, aún en el II milenio, como ha postulado Gómez-Moreno, por lo que no nos parece acertada la afirmación de Menghin (p. 156) de que «el alfabeto de Tartessos puede ser considerado sin más como una creación local, que tuvo lugar en el tiempo de los viajes comerciales de los fenicios».

El problema del norteibérico y del tartesio en sus relaciones está esperando una revisión, y muy discretamente exige Menghin una demostración de la proximidad entre uno y otro (p. 162). Un estudio detenido acusará elementos comunes, pero una estratificación más complicada en el valle inferior del Guadalquivir; esto es cuanto nos atrevemos a adelantar ya.

No pretendemos con estas observaciones haber resumido el contenido del interesantísimo trabajo del Prof. Menghin, cuya lectura sugiere tantos problemas y trae tan nuevos planteamientos. Lo más sustancial de él es mostrar que la civilización del vaso campaniforme obedece a una propulsión llegada del Asia. El vasco, en cuanto lengua emparentada con el caucásico, es un resto de aquella invasión, y nos evitaremos así llegar por el camino de la lingüística a una antigüedad ultraremota que sólo argumentos antropológicos — quizá inseguros, quizá interesados — tienen alguna apariencia de recomendar. Con la tesis de una invasión lélego-khática en el Occidente, queda explicable la conexión, hasta ahora remotísima y problemática en el terreno arqueológico, del vasco con las lenguas del Cáucaso.

He aquí una novedad importantísima.

Aún señalaremos de paso algunas observaciones, enumeradas para llamar la atención de los lectores del denso trabajo de Menghin. Creemos excelente su indicación de que la palabra *ili, iri, uru* « ciudad » sea de difusión cultural, por encima de lenguas diferentes (p. 160).

Nos parece sumamente interesante la atribución de los elementos preindoeuropeos de los ligures a la capa asiánica que se difunde por el Mediterráneo (p. 159, 185). Su relación con Sicilia, asegurada por algunos topónimos muy característicos, es huella de un camino que entre estos dos puntos ha ido de sur a norte (p. 141). En el sur de España se señalan los *Ligytes* y el *lacus Ligustinus* (lección que defiende Menghin p. 146 n.), como muestra de estas gentes. Con esto, dicho está que a los indoeuropeos preceltas que Gómez-Moreno propuso llamar ligures les niega tal nombre y piensa en que sean más bien nordilirios, es decir, vnetos (p. 143, 168 s.).

La complejidad del problema se ve bien por los acertados paralelos de Liguria y Grecia que Menghin (p. 169) da para el nombre de los Caristios. Muy bien está también su afirmación (p. 170) de que las tribus de Várdulos, Caristios y Autrigones son mestizas.

El cuadro de conjunto que traza Menghin es muy complejo, y los problemas resaltan en él. Acepta la idea de Kretschmer de que sean los futuros reto-tirrenos los portadores de la cultura danubiana, y si bien

niega que existiera una primitiva unidad de éstos con los indoeuropeos, si admite que formaran una especie de eslabón o dialecto intermedio entre el indoeuropeo y otras lenguas situadas al sur y oeste del círculo danubiano (p. 135).

El argumento toponímico, fundado en el tipo *kissa*, nos parece demasiado peligroso para fundar en él unas relaciones tan extensas. Es preciso que un nombre de lugar tenga una forma muy característica para poder ser utilizado cuando ignoramos todo de la lengua a que pertenece. El tipo *kissa* precisamente ha sido objeto de estudios por los partidarios de un sustrato imprecisamente « mediterráneo », que Menghin combate con razón. Aquí es donde la certeza se conseguirá a base de argumentos arqueológicos.

Lingüísticamente está por explicar la difusión y pertenencia de los nombres de tipo *kissa*, y ocurre también que identificaciones como la de *Elymoi* con Elam son difíciles, pues la terminación con *-z-* en las monedas de Segesta (p. 140) más bien parece que nos lleva al armenio y a ciertas lenguas del occidente de Asia menor <sup>22</sup>.

Rebaja Menghin la autonomía de la cultura megalítica portuguesa, contra Bosch (*Runa*, I, p. 175 s.).

El problema de los aquitanos no es renovado profundamente por Menghin, que repite algunas identificaciones arriesgadas, como la de *I-acetani/Aquitani* con paralelos en el Cáucaso (pp. 168 s., 187), *Ausci/euskaros*, etc. (pp. 187, 192, cf. en el mismo sentido Lafon, *Eusko-Jakintza*, I, p. 508). No creemos que se pueda acercar lo aquitano a lo ibérico en sentido estricto (cf. p. 192).

Si admitimos con Menghin (p. 169) que entre el Ebro y los Pirineos se realizó una fusión de elementos aquitanos e ibéricos, llegaremos a la identificación entre los aquitanos y los vascos. No nos inclinaremos a diferenciar a los aquitanos de los vascos, ni sostendríamos que son más asiáticos los primeros que los segundos (Menghin, p. 191). Bähr, que ha estudiado el problema especialmente (*Eusko-Jakintza*, II, p. 187-191) halla como diferenciadora de los aquitanos una mayor influencia céltica en los tiempos ya históricos.

Hemos cedido a la tentación de comentar el trabajo del profesor Menghin enmarcándolo con otras investigaciones recientes. Naturalmente que ello no es entrar todavía en las investigaciones especiales que

<sup>22</sup> V. nuestra nota en *Emerita*, XII, p. 272; en cuanto a la lectura en *-zie*, *-zia*, *-zib*, o *-zibemi*, v. B. V. HEAD, *Historia Nummorum*, Oxford 1911, p. 165 y G. E. RIZZO, *Monete Greche della Sicilia*, Roma 1946, p. 282.

Menghin reclama después de su síntesis, pero éstas habrán de hacerse, y provocarlas y orientarlas es ya un gran mérito. No es un resumen lo que hemos intentado de lo que ya en sí es una apretada síntesis, sino una serie de observaciones que nos sugiere el panorama nuevo, con el cual hemos de familiarizarnos para no quedar retrasados ante los progresos de la investigación prehistórica, que maneja ya con soltura horizontes universales y no se conforma con la ordenación de materiales procedentes de pequeños círculos. Elogiemos a la revista *Runa* que ha sabido dar cabida a esta tendencia representada por Menghin con suprema autoridad mundialmente reconocida. Su afán de síntesis se halla expresada en esta frase programática: « la identificación de un pueblo debe ser intentada tanto por medio de sus bienes culturales, como por su lengua y sus caracteres morfológicos, ya que un pueblo no es otra cosa que una comunidad de cultura, de lengua y de sangre » (*Runa*, I, p. 114).

En estos momentos de dispersión son útiles, más que nunca, las reseñas informativas y de conjunto, y eso es lo que hemos intentado hacer.

ANTONIO TOVAR.